

GUIDO VILLA-GÓMEZ

Teoría de la Bandera



Prólogo de CARLOS MORALES ÁVILA

Biblioteca del Oficial Boliviano. Comando General del Ejército.

En homenaje a Guido Villa-Gómez Loma

En tiempos confundidos por la leyenda un emperador chino pidió a sus ministros le trajeran la mejor lámpara que diera luz y calor. Buscaba en los azules rincones de sus dominios, como contestación a poco llegaron cientos de bruñidos modelos. Una a una fue examinada por la oblicua mirada contenta de tanta habilidad para premiar a todos los artífices. Sin embargo, dentro muy dentro del alma del monarca había una solitaria reserva no dicha a nadie y llegada del murmullo popular.

Esa tarde se recogía a sus aposentos pensando en el futuro de su país amenazado por cercanas y lejanas tormentas y vio abrir la puerta, esa puerta por donde todas las mañanas llegan de oriente los primeros rayos de sol y... entró por ella uno de sus leales amigos acompañado de un hombre ya de canas, con arrugas en la frente, ralas barbas, y simple, como la verdad. -Majestad... Majestad -gritó el amigo-. Aquí traigo la lámpara que habéis pedido... da luz y nunca se apaga su claridad... da calor y da vida; ¡es un Maestro! que viene quemando los aceites de su existencia desde el primer alba de la mañana.

El soberano sobrecogido por la sorpresa escuchó y escuchó de la vida de este hombre por un buen rato, y luego, como saboreando sus ideas, dijo: -Bien, muy bien. Bienvenido Maestro a mi lado... Y para el imperio comenzó una

nueva época: Hubo abundancia de buenas leyes, progreso y contento. La Paz social y el prestigio duraron con la vida de ellos.

Así como en el lejano oriente existieron maestros, también en Bolivia, hay muchos que permanecen olvidados, uno de ellos fue Guido Villa-Gómez Loma, fina inteligencia puesta al servicio del país. Fruto de sus esfuerzos son muchas disposiciones actualmente en vigencia que aseguran el funcionamiento del Magisterio y orientan sus normas pedagógicas, y aún quedan de su legado, varios volúmenes durmiendo en los empolvados anaqueles de los altos burócratas.

La obra del profesor Villa-Gómez sobrepasó l normal función del aula oficial y más bien estuvo destinada en promover el valioso imponderable de la orientación popular y valoración de la cultura nacional, por eso sus amigos fueron catedráticos, escritores, poetas, escultores, folkloristas, y todos aquellos que llevan en su espíritu ese fuego creador que Dios ha dado al humano para poder organizarse, superar sus instintos egoístas y primitivos y trabajar por el bien común.

Él no vivió muchos años.

Dentro del trágico seno de nuestra historia nacional que se lleva jóvenes a los maduros y posterga a los mejores, a Villa-Gómez le ocurrió lo que el vate dijera:

"Llegó el alba un día
Congelada por el frío
La lírica avecilla
Cayó muerta de su nido"

Había nacido en la ciudad de Sucre el 28 de noviembre de 1917 y murió en La Paz el 23 de mayo de 1968.

CARLOS MORALES ÁVILA

Sumario

- I. TEORIA BE LA BANDERA
- II. SENTIDO MILITAR Y SENTIDO CIVIL DE LAS BANDERAS
- III. LAS BANDERAS EN LA HISTORIA
- IV. LAS BANDERAS MEDIOEVALES
- V. LAS BANDERAS DE LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES
- VI. LAS BANDERAS DE LOS INCAS
- VII. BANDERA Y PATRIAS
- VIII. LOS HERALDOS DE NUESTRA BANDERA
- IX. LAS DOS BANDERAS DE NUESTRA INDEPENDENCIA:
La Argentina de Belgrano y San Martín
La colombiana, de Miranda y de Bolívar
- X. CREACION Y CONSAGRACION DE NUESTRA BANDERA
- XI. LA PRIMERA TRICOLOR Y LA BANDERA CONFEDERACIONAL
- XII. BELZU: SOMBRA ILUMINADA POR EL IRIS

XIII. UNA LEGION DE ABANDERADOS

XIV. LA VOS DE NUESTRA BANDERA

I.- TEORIA DE LA BANDERA

El hombre, al agruparse en las diversas formas de sociedad -tribu, familia, pueblo, nacida-, inventó un signo distintivo para cada grupo, del mismo modo que inventó un nombre propio para cada persona. Ese signo, trazado con el alfabeto elemental de los colores fue la bandera.

La bandera es, pues, la nación, y toda nación ha sido forjada por tres sentimientos primarios: Un instinto de afinidad, que reunió a gente de sangre, lengua, tradición, costumbres y aspiraciones comunes; un instinto de fidelidad al grupo, que mantuvo a todos sus miembros voluntariamente sometidos a algún sistema de administración y de gobierno¹; y un instinto de defensa y de conservación social, que les indujo a resguardar por todos los medios, y aun a costa de la vida, el patrimonio material y cultural de la comunidad.

Sólo cuando esos tres sentimientos primordiales pulsan, como sangre viva, en todas las porciones del cuerpo colectivo, ¡sólo entonces existe plenamente la nación! Porque no sería, no podría ser nación el inerte conjunto de los hombres o de pueblos que no se sintiesen intimidados por una estrecha afinidad de vida, o de cultura, o de sugestivos ideales

¹ J. Huizinga, "El Concepto de la Historia".

solidariamente perseguidos. Al no producirse tal cohesión en ninguna de sus manifestaciones, tampoco no solicitarían ni la lealtad que compromete al unánime respeto de la sociedad y de sus representantes, ni el celo beligerante que asegura su continuidad en el espacio y en el tiempo.

Afinidad, fidelidad, defensa: he ahí los tres impulsos esenciales del patriotismo, los tres, para permanecer juntos y certeros, como has de saetas que se aprontan a la tensión del arco: Los tres, para manifestarse a los ojos creyentes del pueblo, como la alta idea que se torna visible en la imagen y el símbolo; los tres se levantaron y ondearon en las tres franjas de la bandera.

Mecida al impulso de la afinidad, así en alas de liviana brisa, la bandera difunde un mensaje hondamente fraternal:

- "Sois hermanos -dice- por el nexo firmísimo de la tierra natal, que os calienta con el mismo sol, y os da el mismo aire y las mismas aguas, el mismo pan y la misma sal; por el ideal nexo de la lengua nativa, que renueva en vuestras voces, para la oración y el trabajo, para el amor y el dolor, sus eternas palabras siempre iguales y, en fin, sois hermanos por ese misterioso sello que paisaje y sociedad os han impreso en cuerpo y

alma, modelando con imponderable semejanza el gesto, el pensamiento, la conducta y los valores de la persona, según el típico estilo nacional".

Dice así la bandera, y ella misma se torna árbol mágico que ciñe y hiende, con sus innumerables raíces de sangre y lágrimas, toda la tierra natal. Y esas raíces ligan en un solo nudo el corazón de todos los nativos. Y desde ese íntimo subsuelo, la bandera arranca su tronco vertical, que crece ganando cielo y más cielo, hasta abrir en lo alto, ya libre de ramazón y fronda inútiles, una flor enorme y única: corola de tres colores.

II.- SENTIDO MILITAR Y SENTIDO CIVIL DE LAS BANDERAS

El origen de la bandera es tan antiguo como el origen de las sociedades humanas. Se dice que "la primera bandera apareció con la primera tribu, con el primer pueblo que hizo la guerra"². Las primitivas banderas tuvieron, pues, un sentido eminentemente militar. La bandera -como su propio nombre lo expresa- fue guía e insignia de cada bando, de cada partido en contienda, de cada legión combatiente.

Eternamente, en todas las épocas y en todas las regiones, el impulso de defensa templó el coraje y armó el brazo de los hombres, para inducirles a ensanchar o a defender el territorio patrio. Y ese mismo impulso ha ido configurando, a lo largo de siglos, la significación y la forma de las banderas.

La cruenta bandera original -improvisada por aquel caudillo que enarboló en una pica la cercenada cabeza del jefe enemigo-, fue ennobleciéndose en sucesivas transformaciones, que van desde la esculpida efigie del tótem o animal sagrado, hasta los sagrados elementos del pendón de nuestros días.

² "Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano".- Tomo 3.- B.

Sin embargo, el primario impulso de defensa sigue manifestándose, con su ancestral vigor, en el perfil del asta que sostiene las banderas contemporáneas. Esa asta estiliza un fuerte brazo en alto, amenazadoramente armado con la aguda moharra. En tan beligeramente ademán, que denota al mismo tiempo defensa y desafío, toda bandera afirma una soberanía política, y señala, para cada nación, la ondulante frontera entre lo “nuestro” y lo “no nuestro”.

Mas también los impulsos de afinidad y de fidelidad imprimieron, a su vez, un sereno sentido civil en las banderas. Cuando las tribus guerreras y nómades asentaron, al fin, sus reales en algún fértil territorio; cuando el campamento castrense fue convirtiéndose en apacible ciudad; cuando el soldado de la guerra devino soldado del trabajo, y reforjó en herramientas el hierro de sus armas; cuando el legislador y el tribuno llegaron a ser más necesarios que el capitán invicto, entonces la bandera fue llevada a presidir, como emblema de orden y de paz, el proceso de construcción política y social de las nacionalidades.

Desde los campos de batalla, la bandera pasó al ámbito de las ciudades. A su sombra se congregó el pueblo en las plazas, para ejercitarse en la grandeza y la servidumbre de la ciudadanía. Ante ella juraron los gobernantes lealtad a la ley y a la patria. Bajo su inspiración se definieron

y desarrollaron las tres funciones fundamentales de la vida civil: gobierno, legislación y justicia. Y sus colores se desplegaron en escuelas y cuarteles, en palacios y talleres, en calles y campos, para recordar continuamente al niño y al hombre que -por encima de la persona y la familia, por encima del partido y la provincia- existo una honda necesidad de entrega y de servicio a una unidad más general; la propia nación, idealmente figurada en el magnético signo de la bandera.

Y así como en el rito religioso se enciende siempre una lámpara votiva, que simboliza la inextinguible fe de los creyentes en el espíritu de Dios, así los pueblos profesan también un credo cívico, en cuya devoción flamea el fuego ritual de la bandera.

III.- LAS BANDERAS EN LA HISTORIA

En la historia de todos los pueblos, aún de los más antiguos, se habla de la bandera. Y ésta aparece enarbolada por guerreros y sacerdotes, en los frescos y los bajorrelieves de pétreos monumentos: páginas eternas que refieren el drama de lejanas y ya extinguidas civilizaciones.

Los libros de la Biblia presentan muchos pasajes referentes a la bandera, que fue empleada por los hebreos como insignia de guerra:

"La bandera del ejército de Dan estará
al Aquilón, por sus escuadrones"³

"¿Hasta cuándo tengo de ver bandera,
tengo de oír vos de trompeta?"⁴;

o como símbolo religioso:

"Nosotros alharemos pendón
en el nombre de nuestro Dios"⁵

³ La Biblia.- Números. II.25.

⁴ Ibídem.- Jeremías. IV.21.

⁵ Ib.- Salmos. XX.5.

"Has dado a los que te temen
banderas que alcen por la verdad"⁶
o como divisa que identificaba a la familia y a la tribu;
"Los hijos de Israel acamparán cada uno
junto a su bandera, según las enseñas
de las casas de sus padres"⁷.

Los egipcios -fundadores de la civilización más antigua entre todas las conocidas tuvieron por insignias militares unos medallones de metal, sujetos en lo alto de largas astas, con figuras de divinidades, de faraones o de animales totémicos, como el Buey Apis, el ibis y el chacal. Y ya entre ellos fue instituido el oficio de portaestandartes, como cargo privilegiado y honroso con el que se distinguía a los guerreros más valientes.⁸

El toro alado, figura totémica de los asirios, fue también su enseña marcial. Algunos de los guerreros representados en los frisos de sus

⁶ Ib.- Salmos. LX.4.

⁷ Ib.- Salmos. II.2.

⁸ "The Encyclopaedia Britannica".- Vol.X.

palacios, portan, a manera de estandarte, medallones con la efigie de un arquero erguido sobre el lomo de un toro, o con dos toros corriendo en opuestas direcciones.

Cada una de las ciudades-estados de la confederación griega, se distinguía por un emblema sagrado: Atenas, por el Búho y el Olivo, atributos de la sabiduría y de la paz; Corinto, por el corcel alado, en homenaje al mítico Pegaso; Tebas, por la Esfinge, en memoria de Edipo, que liberó a la ciudad del monstruo; Mesena, por la letra M, inicial de su nombre; Esparta o Lacedemonia, por la letra L. Esos signos tutelares eran, a un tiempo, divisa civil a cuñada en las monedas, y blasón militar grabado en el escudo de los guerreros.

Los estandartes del Imperio Romano fueron de dos clases: El **signum**, que fue evolucionando hasta convertirse en el blasón o escudo de armas actual; y el **vexillum**, precursor de la bandera propiamente dicha. Era el **signum** (insignia) un alto báculo de madera, que sostenía el estandarte forjado en bronce o hierro, con medallones de dioses o héroes, guirnaldas de laurel, y bruñidos discos superpuestos verticalmente, hasta rematar en alguno de los distintivos de cada legión: la mano abierta, el águila rampante, el lobo, el Minotauro, el caballo, el jabalí, o el dragón. Insignia propia de la infantería, el **signum** -demasiado pesado para el

brazo de un jinete- debía ser llevado, a modo de macizo cetro, por un peón enaltecido con el título de **signarius**, término del que derivó, en las lenguas romances, el honroso tratamiento de **señor**.

El **vexillum**, insignia de la caballería, era un leve pendón de púrpura, de forma cuadrada, sujeto por sus ángulos superiores a un asta en cruz. En el campamento, el **vexillum** ondeaba sobre la tienda del general; y en las batallas, era conducido junto a este por el abanderado o **vexillarius**⁽⁹⁾.

Los últimos emperadores romanos tuvieron por enseña el lábaro, estandarte aún más parecido a las banderas contemporáneas porque su lienzo, sujeto al asta por un solo extremo, se desplegaba horizontalmente. El emperador Constantino el Grande, convertido al cristianismo, inscribió en la bandera de los ejércitos, por primera vez, la cruz y el monograma de Cristo.

⁹ Oscar Seyffert, “Enciclopedia Clásica”.

IV.- LAS BANDERAS MEDIOVALES

*“Un Dios misterioso y extraño visita la selva. Es un
Dios silencioso que tiene los brazos abiertos”.*

Ricardo Jaimes Freyre (10)

La Edad Media fue escenario de un dramático conflicto de culturas. Las legiones romanas, que habían llevado el victorioso lábaro imperial de Occidente a Oriente, tuvieron que enfrentarse, de pronto, con un invencible enemigo: el hombre elemental y errante venido de los bosques europeos, de las estepas asiáticas, de los desiertos africanos. Se reinició la secular contienda la selva contra la ciudad; la tribu contra el Imperio; la naturaleza contra la civilización. Extrañas lenguas, nuevas razas y dioses desconocidos, quebrantaron la templada unidad del mundo latino. Hordas juveniles -armadas con la mágica fuerza de la tempestad, del fuego, del río en creciente- presentáronse en súbita aparición, para arrollar y reconstruir la vieja cultura occidental. Y cuando la soberbia nación romana, herida en su organismo y en su espíritu, estaba a punto de disgregarse, carente ya del sentimiento de afinidad y del impulso de defensa que le dieran el dominio del universo, surgió

¹⁰ Ricardo Jaimes Freyre, “Castalia Bárbara”.

providencialmente una renovada potencia civilizadora: La Iglesia Cristiana.

El cristianismo, como prodigioso fermento, transforma y liga las agrias substancias de la sociedad medioeval. Un nuevo nexo de afinidad -la fe en Cristo- refunde diversas razas y culturas en una sola y magna patria. “La cristiandad era entonces una nación unice” ⁽¹¹⁾ Por eso, en la Edad Media, la cruz es la bandera de Europa. Y después, cuando en el vasto territorio del Imperio Romano Germánico se diseñaban los actuales Estados europeos, la cruz pasó a divisa de cada nación: negra, la de Alemania; blanca, la de Inglaterra; amarilla, la de Italia; roja, la de España y la de Francia. Además, en reemplazo de las antiguas divisas totémicas, santos tutelares y batalladores -el San Martín francés, el San Eduardo y el San Jorge ingleses, el Santiago español-, glorificados por milagrosas hazañas, protegieron ciudades y comandaron ejércitos.

En esa época se desarrollaban las ejemplares órdenes de caballería, perfeccionando la carrera militar con elevadísimas reglas de honor. Y nace un arte heráldica, que codifica con sutiles normas las insignias de los reyes y los nobles, de la milicia y los gremios artesanales, de las ciudades y las naciones. Estandartes, gonfalones, pendones y blasones

¹¹ Gilbert K. Chesterton, “Pequeña Historia de Inglaterra”.

alcanzan, por entonces, la plenitud de su sentido, porque en su objetiva clave de figuras y colores, dan plástica expresión a los ideales caballerescos. Cada signe, cada “mueble” de los armoriales, tiene un sugerente simbolismo. La cruz es la fe. La corona, el dominio. El águila, el triunfo. El león el valor. La espada, la justicia. El brazo, la fuerza. El caballo, la lealtad. El torreón, la defensa. El dragón, el peligro. El unicornio, la aventura. Y el cisne, el ensueño.

La palabra bandera (derivada del alemán, **bandra**: insignia) comienza a usarse en la Edad Media¹²), para denominar el pendón distintivo de los señores feudales y, más tarde, de los reyes y de los ejércitos. Cada señor levanta su propia bandera, y de ella toma, justamente, el honroso tratamiento señor, es decir **signarius**, hombre de insignia, abanderado.

El prestigio, entre sagrado y heroico, de las modernas banderas nos ha sido legado, en limpia tradición, por aquel militante espíritu medioeval. Consagrada por la bendición eclesiástica; jurada por reyes, señores y vasallos; izada en torres y cumbres; centinela en las fronteras y definidora de batallas; incentivo de la fidelidad, el valor y el buen servicio, la bandera llega a ser, hacia fines de la Edad Media, no sólo el

¹² “Enciclopedia Universal Ilustrada”. Espasa- Calpe.- Vol. 6.

concreto signo de la anidad nacional, sino la misma imagen, visible y
viviente, de cada patria.

V.- LAS BANDERAS DE LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES

*De pronto, los guerreros de la tribu con un ronco alarido se desbandan. Y
entre nubes de polvo y exterminio, en lívido corcel Santiago pasa...”*

Octavio Campero Echazú (13)

El rojo era el color tradicional de España. Ya en el siglo VIII don Pelayo, al iniciar la reconquista del reino goda, levanté contra la media luna musulmana un león de gules (rojo). Y el bravo Cid fue -según cuenta la épica voz del “Romancero” (14)- alfares de la bermeja ensota de Castillas:

“...Vi venir seña bermeja
con trescientos de a caballo;
un pendón traen sangriento,

¹³ Canto a la ciudad de los Cuatro Nombres “, Rev. “Claridad”. N° 18.

¹⁴ “Poema de Mío Cid” En el estudio Liminar, Juan Ruiz de Gallarreta dice “Don Sancho, el nuevo rey de Castilla, distinguió a Rodrigo (...) dándole el cargo de portaestandarte, **ármiger** en latín, **alférez** en árabe”.

de negro muy bien bordado...¹⁵

El rey don Alfonso X, el Sabio, reglamentó en la Segunda Partida - título XII- “Cuales deben ser las señales que traxeren los cabdillos, e quien las puede traer e por qué razones” De acuerdo con tales reglas, las diversas clases de banderas usadas en España señalaban, en relación con su tamaño y su forma, la jerarquía, señorial de los caudillos. Así, la mayor de todas fue la **Bandera Real**, de forma cuadrangular y de color rojo o morado, con el león y el castillo bordados en su centro, bajo la corona del reino. El **Guión Real**, banderola semejante a la anterior, pero de tamaño reducido, “era llevado delante del rey por el paje más antiguo”⁽¹⁶⁾ **El Palón o Bandera Caudal**, tenía forma cuadrada y colores variables, determinados por el blasón del señor a quien servía; lo usaban los caudillos de cien o más jinetes. El **Pendón Posadero** flámula de forma triangular, era la insignia propia del capitán que mandaba más de cincuenta y menos de cien jinetes. Y el **Pendón Caballeril**, gallardete rectangular, correspondía al jefe de más de diez a menos de cincuenta jinetes.

¹⁵ “Romancero del Cid”.

¹⁶ “Enciclopedia Universal Ilustrada”.- Es pasa- Calpe. Volumen 21: “Espafia”.

Cuando los reyes Católicos promovieron la unificación de los dispersos estados de la península, tomaron como emblema, de esa unidad el estandarte rojo con las armas de cada uno de los señoríos sometidos: el castillo dorado en campo rojo, de Castilla; el león rojo en campo plateado, de León; las barras rojas y amarillas, de Aragón y Cataluña; la cadena de oro en fondo rojo, de Navarra; la encendida granada en fondo de plata, de Granada; y las águilas negras, de Sicilia. Y la bandera propiamente nacional, común y única para todas las provincias, fue creada en 1785, bajo el reinado de Carlos III, con las tres franjas horizontales: rojas las dos extremas, y gualda la del centro.

Las portentosas empresas del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, se cumplieron bajo los encarnados pendones de Castilla.

Al posesionarse, en nombre de España, de las ignotas plagas de Guanahaní, Colón enarboló el rojo estandarte de los almirantes castellanos. Entre las ilustres banderas españolas conservadas en el Museo Militar de Madrid, se destaca un pendón de damasco carmesí, llevado por Hernán Cortés a la conquista de México. Y en la Municipalidad de Caracas se guarda el auténtico pendón, también rojo, del adelantado don Francisco Pizarro, tomado al Virrey La Serna en la

batalla de Ayacucho, y ofrecido por el Mariscal Sucre al Libertador, como trofeo de esa victoria ⁽¹⁷⁾.

Pero el grito de guerra hispánico – “¡Santiago y cierra España!” fue, acaso, el más subyugante y poderoso estandarte de la conquista.

Para los ojos ingenuos y azorados de los indios, que ya veían un semidiós en cada “viracocha”; y para los propios españoles de aquel tiempo – henchidos de fe taumatúrgica, y anhelosos de confiarse a una ayuda sobrenatural-, el signo de ese campeón imaginario tuvo, sin ciudad toda la sugestión de un mito dinámico y operante. No es de extrañar, pues, que los cronistas de la época atestigüen, con devota sinceridad, el hecho de la espectral “presencia del bienaventurado Apóstol Santiago, patrón de España, que apareció visiblemente delante de los españoles, que lo vieron, ellos y los indios encima de un hermoso caballo blanco, embracada una adarga, y en olla su divisa de la orden militar, y en la mano derecha una espada que parecía relámpago, según el resplandor que echaba de sí. Los indios se espantaron de ver el nuevo caballero, y uno a otros decían: -¿Quién es aquel Viracocha que tiene la **illapa** ⁽¹⁸⁾ en la mano?... Dondequiera que el soneto acometía, huían los infieles

¹⁷ Vicente Lecuna, “Documentos referentes a la creación de Bolivia”. – Tomo I.

¹⁸ **Illapa**: rayo, trueno, relámpago, resplandor.

como perdidos, y desatinados ahogábanse unos a otros, huyendo de aquella maravilla... (19).

¹⁹ Inca Garcilaso de la Vega, "Historia General del Perú. Tomo III".

VI.- LAS BANDERAS DE LOS INCAS

“...y sus banderas vieron por la parte del sur al río de Maule, y por la del Norte al Río de Angasmayo, y estos ríos fueron término de su imperio...”

Pedro Cieza de León (20)

Los primitivos aimaras veneraron a sus muertos ilustres achachilas, como fúnebres emblemas de su unidad política y religiosa.

En la guerra, cada tribu marchaba conduciendo, a modo de sacro tabernáculo, las tutelares momias de sus fundadores. Y en la paz, el adoratorio consagrado a los muertos totémicos era el vivo corazón de las comarcas. Las tribus conquistadoras, para someter a las vecinas, trataban de apoderarse de los embaliados despojos de sus antepasados. Si lo lograban, tenían derecho a la rendida servidumbre del **ailu** privado de las ancestrales reliquias. Por este sistema impuso Tiahuanacu su dominio, y llegó a unificar las aisladas tribus en un vasto imperio andino. Tiahuanacu (nombre derivado de dos voces quechuas: **Tiac**, sentados, y **huáñuc**, muertos) fue -según la hipótesis de un investigador²¹- la hierática necrópolis de los “Muertos Sentados”, es decir, de las **chulpas**

²⁰ Pedro Cieza de León, “La crónica del Perú”.

²¹ Rómulo Cúneo Vidal, “La civilización Peruana”.

(momias) adoradas por todos los **ailus** del altiplano. La poderosa casta sacerdotal y guerrera que había fundado Tiahuanacu, congregó a los aimaras de todas las regiones y les indujo, de grado o por fuerza, a depositar los manes tribales en el templo de “**Puma Puncu**”, para tributarles un culto unánime que cohesionase en una sola nación a las comunidades collas.

Las momias aimaras fueron, pues, singulares pero auténticas banderas, divinizadas, casi, a fin de infundirles mayor virtud como estímulos de la afinidad, la fidelidad y la defensa del grupo.

En la fabulosa génesis del Imperio Incaico, los cuatro hermanos Ayares aparecen como alegórica encarnación de cuatro productos y de cuatro zonas agrarias:

“El **Ayar Sara**, o **ailar**²² del Maíz, simbolizado en Manco Cápac, a título de personero de los **ailus** del lago”, con la divisa amarilla tomada del color del maíz;

“El **Ayar Auquit** o aillar de la Coca, como personero de los **ailus** de la “montaña amazónica”, con la divisa verde tomada del color de la coca;

²² **Aillar**: federación, conjunto de **ailus** o comunidades.

“El **Ayar Uchu**, o aillar de la Ají, como personero de los **aiillus** de la “costa”, con la divisa blanca tomada del color del ají.

"El **Ayar Auqui**, o aillar de la sal, como personero de los **aiillus** de la “puma”²³), con la divisa blanca tomada del color de la sal.

Cada uno de esos colores terrígenos correspondía a una de las cuatro provincias federadas en el imperio: el amarillo al Collasuyo; el verde, al Antisuyo; el rojo, al Chinchasuyo, y el blanco, el Contisuyo. Los mismos colores se enlazaban en la insignia imperial o Mascapaicha²⁴, vincha de cuatro gruesos cordones –rojo, blanco, amarillo y verde-, que coronaba la cabeza del Inca. De la **mascapaicha** pendía el **llauto**²⁵, gran borla corrediza de finísima lana carmesí, destinada a sombrear la frente y los ojos del soberano, tornando su semblante “mucho más grave de lo que...”⁽²⁶⁾.

²³ R.C. Vidal, obra citada.

²⁴ Se cree que Mascapaicha sea deformación de Umaspaccha (del quechua: Uma, cabeza, y paccha, ropa, vestidura, atavío).

²⁵ **Llauto**: Borla imperial (deformación de **llantu**: Sombra).

²⁶ Francisco de Jerez, “Relación de la conquista del Perú”.

Los incas rindieron culto al arcoíris (chuycho) y a la tricolor Kantuta (cántut), reconociéndolos como signos naturales de sus colores patrios. Uno de los recintos del templo del Sol estaba dedicando “al arco del cielo; porque alcanzaron que procedía del sol, y por ende los reyes Incas lo tomaron por divisa y blasón... En el lienzo del muro, sobre las planchas de oro, tenían pintado muy al natural el arco del cielo, tan grande que tomaba de una pared a otra, con todos sus colores al vivo...”⁽²⁷⁾.

La kantuta y la **chihuayhua** eran las flores heráldicas con que se condecoraba al joven “orejón”, para amarlo caballero y entregarle el **champi** o “hacha de armas”, después de que había vencido valerosamente las duras pruebas del aprendizaje militar (huaracu): régimen de ayuno y esforzados trabajos; combates cuerpo a cuerpo, con riesgo de muerte para los menos diestros ejercicios de dominio moral de la fatiga y el dolor; y una demostración de “conocimientos técnicos, fabricando un arco, una honda y un par de sandalias...”²⁸.

Un rico brazalete de oro, llamado **chipana**, llevaba impresa la imagen del sol, y servía como “insignia militar y de mucha honra, y no la podían

²⁷ Inca Garcilasco de la Vega, “Comentarios Reales de los Incas” I.

²⁸ Luis Baudin, “El imperio Socialista de los Incas”.

traer sino los de la sangre real, y los capitanas y soldados que en la guerra hacían cosas señaladas...” (29).

Toda la población del imperio, sujeta a una precisa distribución decimal y a un riguroso orden militar, estaba obligada a vestir una especie de uniforme regional, determinado por el estilo y los colores del traje típico de cada comunidad, porque “el que mandaba, de traje y divisa de la provincia de donde era natural, cometía muy grande delito contra el Inca, contra su nación y contra la provincia cuyo traje tomaba; y así era acusado de todos y castigado con rigor” (30).

La insignia incaica más aproximada a una bandera, por su uso y por su forma, fue el **chuquiapu** (del quechua: chaqui, lanza, y apu, jefe, señor). Era una lanza de mando, no muy larga, y ornada con un fleco de cordones del color propio de la provincia a que pertenecía.

Como esta insignia debía, ser llevada sólo por los altos jefes del ejército Incaico, Garcilaso la llama “lanza capitana”³¹) expresión casi equivalente a la de “Bandera Coronela”, empleada en las milicias españolas.

²⁹ Inca Garcilaso de la Vega, “Historia General del Perú”. Tomo III.

³⁰ Padre Bernabé Cobo: citado por Horacio Urteaga en “El Imperio de los Incas”.

³¹ Inca Garcilaso de la Vega, “Historia General del Perú”. Tomo III.

VII.- BANDERA Y PATRIA

Ya se ha dicho que Bandera y Patria son los dos nombres de una sola emoción. La historia de nuestra bandera comienza, por eso, como la de nuestra patria, con el ensueño creador, con el héroe augural que ya la mira, la siente y la sirve aun antes de que exista. Porque toda patria verdadera fue construida, primero, en el íntimo territorio del corazón de sus hijos. Y así, también, la bandera: antes de tomar la forma y el color de su lienzo, fue idea visionaria, propósito de libertad, sangre derramada...

Cuando los últimos Incas emprenden la desesperada reconquista del imperio, sus anónimos guerreros, aureolados de plumas y vestidos de túnicas multicolores, marchan solemnemente, ritualmente, como un legendario bosque de banderas. El acero y el fuego de los conquistadores los abaten, y épicos caballos pisotean las insignias imperiales. Pero de esa siembra de banderas desgarradas, había de brotar, al cabo de siglos, una triunfal cosecha de pueblos redimidos y de nuevas patrias.

Las patrias de América van gestándose -en proceso lento pero continuo y obstinado- a través de las largas centurias de la Colonia. Si los indios deponen sus vencidas armas, ¡la tierra misma intenta defenderse! Y con la seducción del paisaje y de doradas leyendas, embraga a los capitanes

españoles para inducirlos a guerrear entre sí, a volver las espadas contra su rey, y a renegar de la vieja España para erigir otra nueva, más suya, en los Ilimitados confines de las Indias... Uno de esos caudillos renegados, el maese de Campo don Lope de Aguirre, escribía al rey Felipe II, en 1567, este quemante reto: “He salido con mis compañeros de tu obediencia, y nos desnaturalizamos de nuestras tierras, que es España... Que aquí tenemos tus pendones por menos crédito que los libros de Martín Lutero...”³²).

Después, un vago anhelo de patria amanece en el altivo corazón de los españoles nacidos en suelo americano. Los criollos de Potosí enarbolan, a principios del siglo XVII, una original bandera vernácula el sombrero de vicuña que proclama, en expresivo mensaje, su amor al lar nativo, por cuya posesión combaten con los peninsulares.

Los criollos de Oruro visten, como divisa política, el traje indio (³³), y declaran su voluntad de independencia en un grito de batalla: “¡Mueran los chapetones!”. Las comunidades aimaras y quechuas se rebelan contra sus opresores, entonando en la bronca voz de los **pututus** un himno

³² Salvador de Madariaga, “Cuadro Histórico de las Indias”.

³³ Marcos Beltrán Avila, “Capítulos de la Historia Colonial de Oruro”.

ululante, que expresa su añoranza por el extinguido esplendor de la
rasa...

Más tarde, cuando las ciudades coloniales pronuncian resueltamente su
voto por la patria, la represión monárquica planta horcas para izar -a
modo de oscilantes banderas- los cuerpos glorificados de mártires
precursores.

La patria se inicia como pensamiento indefinido. Pero también como
fervoroso sentimiento, que ya mueve voluntades para la aventura y el
sacrificio. La bandera recibe ese pensamiento, y le da voz. Vibra con ese
sentimiento, y lo traza en un firme rasgo externo, ostensible, sugeridor.

VIII.- LOS HERALDOS DE NUESTRA BANDERA

Sombras inmortales hicieron y rehicieron nuestra bandera, heraldos que vienen, en desfile espectral, desde los infinitos momentos de la historia, nos muestran en su fe, en su pasión o en su hazaña, algún laminoso girón de la enseña que amamos.

El primero es Cahuide. Indio "tan valeroso, que por cierto no podría escribir de él lo que de algunos romanos..."³⁴. Cuando los conquistadores asaltan Saxahuaman y están a punto de apresarle, Cahuide se envuelve en su manto y se arroja, en salto suicida, para poseer con su sangre la tierra de sus mayores. Y su figura, ya por siempre suspensa y tremolante en los aires de la historia, es oriflama que anuncia el advenimiento de una patria.

Le sigue don Alfonso de Ibáñez -1617-. Como un héroe mítico, lucha con dragones de fuego para salvar a sus doscientos compañeros de la incendiada cárcel. Ha grabado en su escudo un sabio con tres gotas de sangre, junto al lema instigador: "Por la libertad se derrama".³⁵

³⁴ Pedro Pizarro, "Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú".

³⁵ Miguel Mercado M., "Páginas Históricas".

Un bravo campeón mestizo, Alejo Calatayud -1750-, alza en armas al pueblo de Cochabamba, "izando bandera colorada, y a la vos de ¡Muera el rey! ¡Muera el mal gobierno!"³⁶

En el Oruro colonial, hacia 1739, Juan Bélez de Córdova pretende "restablecer el gran Imperio y Monarquía" del Perú. Y aunque la delegación de un traidor frustra su tentativa, él levanta un temerario pendón su "Manifiesto de Agravios"³⁷, el primer documento que define la conciencia americana frente al dominio extranjero.

Túpac Amaru en Tungasuca, Tomás Katari en Chayanta y Túpac Katari en Sicasica -1780 a 1783-, se rebelan con rusticas banderas blancas armadas por los indios. Bajo su mando se mueve, entre el Cuzco y Tucumán, una densa muchedumbre de sesenta mil montoneros, que avanzan sobre las ciudades "a son de pututu y con huipalas desplegadas..."³⁸, Túpac Amaru, en el Cusco, y Túpac Katari, en Peñas, se agigantan en el martirio, cuando los opresores transfiguran sus cuerpos de recio bronce en estandartes sangrientos, palpitanes,

³⁶ José Macedonio Urquidi, "Compendio de la Historia de Bolivia".

³⁷ Marcos Beltrán Avila: obra citada.

³⁸ Alipio Valencia, "Julián Túpac Katari".

desgajados sobre el salvaje pedestal de cuatro potros lanzados a los cuatro vientos...

Jacinto Rodríguez y Sebastián Pagador sublevan o la guarnición de Oruro -1781-, para apoyar el alzamiento de los indios. Alistados bajo la misma "bandera blanca", los criollos arrancan el Escudo de Armas de Carlos III, y lo "pisan y ultrajan, dando muestras de haber fenecido su reinado..."³⁹.

La señorial Chuquisaca transfórmase, de pronto, en volcánico arsenal donde se fraguan -como lampos incendiarios— bandera de ideas para la liberación de todo el Continente. Los doctores de la universidad de San Javier fundan una orden misionera: la de predicadores de la doctrina republicana, Monteagudo difunde brillantemente esa doctrina en los periódicos de Buenos Aires, Lima y Santiago; y la consagra, por fin, en el Acta de la Independencia de Chile, El doctor José Antonio Medina plantea vigorosamente la revolución en la Proclama de la Junta Tuitiva de la Paz: "Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias ..." Y el doctor José María Serrano saluda

³⁹ Marcos Beltrán Avila: Obra citada.

a la República con ardos y anticipa la independencia de la Argentina y de Bolivia.

También Murillo anuncia nuestra bandera, desde lo alto del cadalso, cuando su inspirada voz hace flamear aquella ideal antorcha -¡kantuta de fuego! que "no se apagará" mientras Bolivia sea...-

Arze y Guzmán alientan a los patriotas cochabambinos con un "estandarte singular, resplandeciente de oro, de plata, de perlas y de fina pedrería"⁴⁰ la Virgen de las Mercedes, patrona de Cochabamba. Y cuando en el ara de la Coronilla, una anciana recoge en el cuenco de la mano la sangre de su propia herida, pero salpicarla en el rostro de aquel soldado de Goyeneche⁴¹, ella inventa y trasa, con tan soberbio gesto, la franja roja de nuestra bandera.

Centauros en tropel, los Guerrilleros estremecen todos los paisajes - breña y valle, pampa y selva-, humillando el pendón real bajo sus banderas improvisadas con un poncho y una lanza. Doña Juana Azurduy extiende, para gualdrapa de su caballo, en estandarte enemigo que ganó en la batalla de Pantora. Y entre esos atletas del heroísmo, galopa un

⁴⁰ Nataniel Aguirre, "Juan de la Rosa".

⁴¹ Hecho referido por Nataniel Aguirre: Obra citada.

mutilado -el "Moto" Méndez-; pero en él los enérgicos signos del muñón aventajan a la perdida mano, porque cuando la patria va a cumplir su destino, ¡hasta un manco puede ser abanderado!

IX.- LAS DOS BANDERAS DE NUESTRAS INDEPENDENCIA:

La Argentina, de Belgrano y San Martín

“Esta bandera que veis por la primera vez en mis manos, y que ya os distingue de las demás naciones es Dios mismo quien nos la ha dado”.

General Manuel Belgrano⁴²

En la patria grande de América, dos gloriosas banderas guiaron la empresa de nuestra independencia: la de los Ejércitos Auxiliares Argentinos, y la del Ejército Libertador de Colombia. En pos de una y otra de esas banderas se enrolaron los patriotas altoperuanos, para ganar su libertad en un perseverante proceso de derrotas y victorias.

El pueblo de Buenos Aires, amotinado en el Cabildo Abierto del 25 de Mayo de 1810, tomó como insignia revolucionaria -a iniciativa de los patriotas French y Berruti- un lazo de dos cintas, celeste y blanca, anudadas al cuello⁴³ aunque los dos colores recibieron la aprobación

⁴² Citado por Ricardo Rojas, en “La Antigüedad”.

⁴³ Bartolomé Mitre, “Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina”. Tomo I.

popular, no llegaron a ser oficialmente reconocidos por el primer gobierno argentino. Las milicias nacionales, compuestas, en gran parte, por tropas pasadas a la nueva causa, continuaron formándose bajo los encarnados pendones del depuesto régimen, sin embargo, el prestigio de la insurgente insignia llegó hasta las provincias altoperuanas, y así, en Chuquisaca, estudiantes y artesanos cantaban la provocadora copla:

"Cinta celeste,
patriota gente;
y cinta roja
de gente goda"⁴⁴

F1 primer Ejército Auxiliar, al mando del general Antonio Balcarce, marchó todavía sin bandera genuina, llevando rojos pendones semejantes a los del Virreinato. Vencido en Cotagaita. Se rehizo con el triunfo de Suipacha, donde “el enemigo perdió la única bandera real que traía, pues las demás eran trapos enastados de mojjiganga”, según reza el parte elevado por el doctor Juan José Castelli a la Junta de Buenos Aires⁴⁵. La primera jura, solemne y formal, de la bandera republicana -

⁴⁴ Rigoberto Paredes, “El Arte Folklórico de Bolivia”.

⁴⁵ Gral. Miguel Ramallo, “Batallas de la Guerra de la Independencia Altoperuana”.

republicana en su sentido, aunque no en sus colores-, la instituyó Castelli en Potosí -1810-, al exigir que el pueblo prometiese "fidelidad a las banderas de la patria, y guerra sin tregua a las del Rey"⁴⁶.

Don Francisco de Paula Sanz, Gobernador de Potosí, condenado a muerte por sentencia de Castelli, dejó para la posteridad una conmovedora lección de amor a su bandera. En el momento de su ejecución, vio los prisioneros estandartes reales, y con estas palabras ejemplares -dictadas por la más noble voz del espíritu español- pidió una última gracia:

"Si esas banderas son las de mi ley Fernando VII, déseme el gusto de besarlas: Sea ésta la postrera prueba de mi amor y veneración... Y sepa todo el mundo que ni los tormentos, ni los más horribles castigos son capaces de alterar- en lo más mínimo mis puros sentimientos, ni de intimidar a un alma cuya firmeza parece que va creciendo a medida que se aflojan los muelles vitales de mi frágil cuerpo..."⁴⁷

⁴⁶ Modesto Omiste, "Memoria Histórica sobre los Acontecimientos ocurridos en Potosí en 1910".

⁴⁷ M. Torrente, citado por León E: Loza en "Historia de la Bandera".

Un abnegado portaestandarte, el general Belgrano, porfiaba por teñir con los democráticos colores de Mayo -cielo y nube, mar y espuma- la bandera del ejército argentino. En 1812, mientras el presidente Rivadavia "seguía invocando a Fernando VII y enarbolando su enseña"⁴⁸ Belgrano pidió aprobación para uniformar de azul y blanco las escarapelas de sus soldados, a fin de que "no se equivoquen -decía- con las de nuestros enemigos"⁴⁹ Por el mismo año, izó la bandera de tres franjas -celeste, blanca, celeste- en la Batería del Rosario, como emblema militar; y luego, al conmemorar el 25 de mayo de 1810, la hizo jurar por todo el pueblo de Jujuy, como símbolo inicial de la Nación Argentina. La Junta, empeñada en encubrir su carácter republicano, desaprobó los actos del general y le ordenó que "ocultara disimuladamente" aquella bandera..., para suplantarla con el pendón real... Era 1813, Belgrano logró imponer y conjurar definitivamente la bandera revolucionaria, merced a sus victorias de Tucumán, de Salta, de Jujuy, que consolidaron la emancipación argentina, desalojando de su territorio a las tropas de Goyeneche.

⁴⁸ Ricardo Rojas: Obra citada.

⁴⁹ Ricardo Rojas: Obra citada.

Esa enseña, traída por el ejército de Belgrano, fue aclamado en nuestras ciudades como "Bandera de la Patria", puesto que, por entonces, el Alto Perú era un distrito dependiente del Virreinato del Río de la Plata, Y después, cuando Belgrano volvió a Buenos Aires, derrotado en Vilcapugio y Ayoma, los guerrilleros prosiguieron la campaña con su bandera: Warnés la llevó a sus audaces correrías del Oriente: los Padilla y Camargo se batieron por ella en Chuquisaca; Méndez y Rojas, en Tarija.

San Martín sucedió a Belgrano no sólo en el mando de un ejército argentino, sino también en la misión de dar firmeza, elevación y gloria a la nueva bandera. Por eso San Martín, en 1817, escaló los Andes para equipararla con sus cimas: albor de nieve y azul de lejanía...

La Colombiana, de Miranda y de Bolívar

“Enarbolaremos después el pabellón tricolor sobre el Chimborazo, e iremos a completar nuestra obra de libertad en la América del Sur, y a asegurar nuestra independencia llevando nuestros pendones victoriosos al Perú: El Perú será libre...”.

*Simón Bolívar*⁵⁰

En la “Logia Americana” de Londres, a principios del siglo XIX, el general Francisco Miranda, maestro de libertadores, inflamó en pasión revolucionaria el juvenil corazón de los predestinados: Bolívar, San Martín, O’higgins, Monteagudo... En 1806, Miranda inició la guerra contra el dominio español atacando las costas de Venezuela con una partida de corsarios, a bordo del bergantín "Loander", en cuyos mástiles ondeaba una inédita bandera amarilla, azul y roja. Era la tricolor colombiana y venezolana, creada por Miranda “como símbolo inmortal de la patria nueva”⁵¹, y consagrada, en 1811, por el Congreso de Caracas.

Para esa bandera ganó Bolívar seis augurales lauros, en las seis sucesivas victorias de la reconquista de Venezuela. Con esa bandera batió a los invencibles jinetes de los llanos, y los atrajo a la causa de la libertad. En torno de esa bandera reunió las contrapuestas montoneras de los caudillos, conjuró la anarquía y logró la unidad de la Gran Colombia. Por esa bandera acrecentó sus virtudes en dimensión sobrehumana, e irguió su espíritu hasta la talla del genio. Y en fin, tras de esa bandera,

⁵⁰ J. A. Cova, “El Superhombre –Vida y Obra del Libertador”.

⁵¹ Thomas Rourke, “Bolívar –El Hombre de la Gloria”.

en titánica proeza, llevó a sus llaneros a cabalgar, como en potros indómitos, en los cósmicos corceles de los Andes.

La fabulosa aventura de Manco Cápac, que fue a fundar un imperio allí donde se hundiese su cetro de oro, la reinicia y multiplica Bolívar -con fuerza de cíclope y poder de mago-, cuando pasea por el ancho mundo americano su pabellón tricolor: ¡allí donde lo planta, surge una nación!

Pero Bolívar, más que portaestandarte, es estandarte él mismo, en cuerpo y alma. Es uno de aquellos vivos símbolos inmortales que la militante humanidad levanta, de siglo en siglo, para mudar el rumbo de su eterna marcha. Su destino de bandera lo impulsa a erguirse en lo alto, a “tocar con su cabeza la copa del firmamento”⁵², a tremolar sobre el asta de las montañas. Por eso busca el Aventino para el juramento profético. Y se retempla ante el peligro, balanceándose al borde de los abismos del Tequendama. Y “envuelto en el manto de Iris”⁵³, flamea en ráfagas de delirio en el Chimborazo. Y bandera entre banderas, va a desplegar los colores de la libertad en la cumbre del Potosí, digno pedestal de su grandeza...

⁵² Simón Bolívar, “Mi delirio sobre el Chimborazo”.

⁵³ Simón Bolívar: Pieza citada.

(En los "Recuerdos"⁵⁴ del coronel O'Connor -Jefe de Estado Mayor del Ejército de Colombia y, más tarde, general del boliviano- se encuentran estos datos referentes a la bandera que presidié las decisivas batallas de Junín y de Ayacucho: "En un buque precedente de la China -cuenta él, compró una buena cantidad de finísima seda, con los colores del pabellón de Colombia: Amarilla, azul y colorada, y mandé hacer una hermosa bandera para mi batallón...". "El capitán Jorge Brown fue el que clavó la bandera en media falda del Condorcunca; la misma que yo había mandado hacer para el batallón "Itsmo"...").

Bolivia nació a la sombra de la bandera libertadora de Colombia, y en los días estelares de 1825, aquella fue, fugazmente, nuestra bandera, es decir, la enseña republicana que resguardó, firme y ecuaníme, la soberanía y el derecho de autodeterminación de los pueblos del Alto Perú.

⁵⁴ Francisco Burdett O'Connor, "Recuerdos".

X.- CREACIÓN Y CONSAGRACIÓN DE NUESTRA PRIMERA BANDERA

La Asamblea convocada por el Mariscal Sucre para “deliberar sobre la suerte de las provincias alto peruanas”⁵⁵, fue inaugurada en Chuquisaca el 10 de Julio de 1825, bajo garantías otorgadas por el Ejército Libertador. A fin de completar la proclamación de la Independencia, y la designación del nuevo estado como República Bolívar, esa Asamblea señaló las insignias nacionales, banderas y escudo, por las leyes N° 5 y N° 6, de 17 de agosto de 1825.

La ley N° 5 establece el uso de las banderas -mayor o de guerra, y menor-, con la disposición y los colores que se describen en sus dos artículos:

“1°.- La bandera nacional será bicolor, verde y punzó; el campo principal será punzó, y a uno y otro costado irán colocadas dos fajas verdes del ancho de un pie; sobre el campo punzó se colocarán cinco óvalos verdes formados de ramas de olivo y laurel, uno en el medio y cuatro en

⁵⁵ Decreto de Sucre, de 9-II-1825, citado por Enrique Finot en “Nueva Historia de Bolivia”.

los costados, y dentro de cada uno de estos óvalos se colocará una estrella de oro.

“2º.- La bandera menor sólo llevará, en el centro del campo punzó, uno de los óvalos mencionados en el artículo anterior, con una estrella en el medio”.⁵⁶

Se sabe, que la ley fue proyectada por don José María de Asín, diputado por La Paz; pero no se ha conservado la exposición de motivos que expliquen y fundamenten la elección de esos dos colores por la Asamblea. Es presumible que en la preferencia por el color rojo, y en la estructura de la bandera, trazada en barras verticales⁵⁷, hubiese influido el modelo de la bandera peruana, que guió en sus campañas a los guerrilleros paceños.

La nueva bandera no pudo ser presentada con toda la solemnidad oficial, porque el país aún carecía de ejército propio, que le prestase su juramento, y de un definido orden administrativo. Pero el mismo Libertador lo consagró, el 26 de octubre de 1825, al plantar en la cumbre

⁵⁶ Agustín Iturricha, *Leyes Numerales y Compiladas de la República Boliviana*”.

⁵⁷ Algunos textos escolares –v.g. “Instrucción Cívica”, de Benjamín Guzmán- ofrecen una inexacta ilustración de la primera bandera, diseñada en fajas horizontales, en vez de verticales.

del cerro portentoso los pabellones de América -colombiano, peruano, boliviano, chileno y argentino-, exaltándolos con su homenaje: "... De pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí, estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber conducido triunfantes los estandartes de la libertad, desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlos aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y el orgullo del universo..."⁵⁸.

La organización del ejército fue encomendada, en 1826, al Jefe de Estado Mayor, general José Miguel García Lanza. Por instrucciones impartidas el 10 de Junio de ese año, los colores rojo y verde pasaron a ser divisa de los uniformes nacionales: "Debiendo distinguirse ya los militares de la República, por la escarapela que les corresponde, se dispone... usen en adelante de los colores del pabellón nacional, designado por la Asamblea General en el decreto de 17 de agosto"⁵⁹.

Así apareció nuestra primera bandera, para afianzar, como un pacto unánime, los nexos de sangre, de tradición y de comunes intereses, que refundían en un solo cuerpo las diversas regiones del Alto Perú. Matinal

⁵⁸ J. A. Cova: Obra citada.

⁵⁹ "El Diario". Sección "El Día Histórico".

esbozo de expresión, capullo entreabierto más que flor plena, la lindera
iba geminando en sus franjas aquel polen de cinco estrellas...

XI.- LA PRIMERA TRICOLOR Y LA BANDERA CONFEDERACIONAL

Toda auténtica bandera, para ejercer su magia de símbolo, tiene que ser fiel reflejo de la ancestral conciencia de los pueblos, tradición y paisaje ofrecen su inmenso repertorio de santos y héroes, de animales y plantas, de figuras y colores, para que entre ellos se elija el signo unívoco, capaz de conmover a todos los hijos de una misma cultura. Sí la comunidad acierta en el trazo de su signo, éste recibe de cada comunero la simpática respuesta que lo mantiene perdurablemente. Mas si no acierta, el signo pasa, inexpresivo y efímero, sin hallar eco en el alma colectiva, la cual torna a buscar ansiosamente el emblema que ha de definirla.

La Asamblea de 1825 no acertó, pues, en la elección de nuestra primera bandera. Acogida con el fervor que suscitaba su condición de insignia de la libertad, no llegó a hondarse, sin embargo, en el corazón del pueblo. La anónima voluntad popular ensayó, por propia iniciativa, un primer cambio: la bandera fue evolucionando, de hecho, desde la estructura de barras verticales, que lo señalaba la ley, hasta una disposición en franjas horizontales, determinado por el uso general.

Sólo con ese antecedente se explica el tenor, tan ambiguo de la ley modificatoria de 25 de julio de 1826, que dice:

“La bandera nacional será la misma que designó la Asamblea General en el decreto de 17 de agosto; poniéndose en lugar de las cinco estrellas de oro, una faja amarilla superior, y las armas de la República al centro, dentro de dos ramas de olivo y laurel”⁶⁰.

De cumplirse, al pie de la letra, lo dispuesto por tal ley, la segunda bandera habría tenido que ser constituida con cuatro elementos de fondo: Una faja amarilla superior y, hacia abajo, “las mismas” tres barras verticales de la primera bandera: Verde... Pero lo que los legisladores quisieron realmente expresar, y lo que entendió el pueblo, es que en una bandera ya dispuesta -con anterioridad a la ley- en tres fajas horizontales, se reemplazaría la faja superior, verde, por una faja amarilla.

Apareció, por ese proceso, un pabellón tricolor: Amarillo, rojo y verde. La franja amarilla -aquella que relumbra en las llamas- al integrarse en la bandera, le dio sentido y apariencia de encendida antorcha. Era el segundo hallazgo que hacía la conciencia colectiva, en su búsqueda, por

⁶⁰ Agustín Iturricha: Obra citada.

el doble camino de la ley y el uso, de un símbolo esencial para la bolivianidad.

Aquella bandera fue consagrada y jurada el 5 de abril de 1831 en el templo de San Francisco de La Paz. Sostenidas por la garra de Puma de Santa Cruz, iluminó el período de construcción política y administrativa de la joven patria. Caudillos, bandos y pueblos habituados, en quince largo años, al desorden de la guerra, se decidieron, al fin, a dar su lealtad a una sola enseña y a un gobierno firme. Y de la cohesión interna resultó la potencia exterior. El ejército, alejado de las intrigas domésticas, fue a defender las amenazadas fronteras. Cinco timbres marciales enaltecieron el prestigio de la tricolor: Yanacocha, Socabaya, Paucarpata, Yruya y Montenegro. Y cuando Santa Cruz pobló la abandonada costa de Cobija estableciendo allí el primer puerto, nuestra bandera, como ave evadida de las montañas, revoló jubilosa en la brisa del mar...

Bolivia tuvo, por ese tiempo, una suntuosa bandera adicional. El general Santa Cruz, engrandecido por sus victorias, logró reunir en una vasta Confederación tres estados de ascendencia incaica: Bolivia, Nor Perú y Sur Perú. Y como sello de la alianza, trazó una enseña:

“La bandera de la Confederación será de color punzó, por ser común a las tres Repúblicas. En su centro se verán las armas de la Confederación, que son las de las tres Repúblicas, entrelazadas por un laurel”⁶¹.

La llamada bandera confederacional fue llevada triunfalmente, por espacio de cinco años, a las campañas del Ejército Unido. Hasta que se armó el recelo de los vecinos, para abatirla en el desastre de Yungay.

Después, renovadas ambiciones y rencores subalternos conspiraron contra la patria. Pero surgió otro campeón, Ballivián, para salvarla de la invasión extranjera y de la división interior. Porque la bandera de Ingavi no sólo rechazó al enemigo foráneo. Logró una victoria aún mayor: retempló la fe de Bolivia en su destino.

⁶¹ Oscar de Santa Cruz, “El General Andrés de Santa Cruz”.

XII.- BELZU: SOMBRA ILUMINADA POR EL IRIS...

La bandera es la patria íntegra y total. Ha sido creada para dos misiones: La guerra o la paz. Su gloria es legítima cuando flanea en las batallas, frente a extraña bandera, para aventajarla en esa magnética virtud que induce al heroísmo. O cuando alienta el esfuerzo de los pueblos, para las constructivas faenas del progreso. Pero nunca debe guiar fraternales bandos en contienda.

Sin embargo, turbios desbordes de pasión profanaron nuestra bandera. Fue desgarrada en cien miserables acciones del ciudadano contra el ciudadano, del soldado contra el pueblo... Torpes caudillos sin grandeza se ciñeron la banda presidencial como bélico trofeo, ganando en lances de elemental coraje. Y la promesa de libertad que se anunciaba en nuestra republicana bandera, fue muchas veces traicionada por déspotas de uniforme o de toga, que gobernaron bajo el signo del terror.

Belzu era uno de aquellos caudillos. Si se examinan su formación y su carácter, para buscar los títulos con que llegó a gobernar el país, sólo se encuentra un tenso haz de instintos: acometividad, emulación, vanidad, perfidia, ambición, resentimiento... Pero, sobre todo, valor. Un temerario valor que siempre pone su vida al servicio de su ambición.

Con ese rasgo gana ascensos y prestigio en la carrera militar. Las tropas que manda se sienten hechizadas por su bravura. Cuenta con la adhesión de unos regimientos, y ese hecho basta para exaltarlo a la Presidencia. Su gobierno es infecundo y sombrío. Cuando las guarniciones conspiran y se rebelan contra él, busca otra fuerza que lo sostenga, y seduce servilmente a las masas. Es su redentor. Su ídolo. Pero él no las ama limpiamente. Sólo las adula para que resguarden su fiero despotismo. No las quiere mejores y conscientes, para que lo apoyen o lo rechacen por el justo ejercicio de la democracia. No. Las prefiere más ciegas e irresponsables, prontas a deformarse en bestias, para defenderlo con acometidas de tropel chúcaro, de manada embravecida... Por eso, en vez de escuelas, les da plazas de toros. En vez de oportunidades de trabajo, les da saqueos. En vez de renovados ideales de vida, les da alcohol...

Si el certero descubrimiento de la bandera que buscaba el pueblo, puede ser un género de gloria, ésa es la única gloria que brilla en la oscura obra de Belzu. El interpreta -¡por fin!- el anhelo de aquella conciencia colectiva que perseguía un símbolo perfecto para la bolivianidad. En 1851, por intermedio del ministro Unzueta, Belzu recomendó la modificación de la bandera al Congreso reunido en Oruro. Modificación que se dispuso por la ley de 31 de octubre, promulgada el 5 de noviembre.

“Los colores de que consta el pabellón nacional se colocarán de la manera siguiente: el punzó en la parte superior el amarillo al centro, y el verde en la parte inferior, debiendo sustituirse a la moharra el Cóndor de Bolivia” (62).

¡Cómo se transforma la bandera con el simple cambio del orden de colores! Esa medida -en apariencia tan trivial- es el sutilísimo retoque que le da la plenitud de su gracia y de su embrujo. Las tres franjas se equilibran en rítmico contrapunto: entre los tonos fuertes del rojo y el verde, la tenue lumbre del amarillo. Estilo ancestral. Gusto indio.

(La sustitución de la moharra, o sea de la punta de launa, por una efigie de cóndor como remate del asta, no llegó a ser ejecutada en la práctica.)

Alta y central, dominadora del completo panorama de la nación, la ciudad de Oruro iba a ser torre de homenaje para la jura de la ennoblecida tricolor.

El 7 de noviembre de 1851, Belzu izaba la bandera en el Pilar de Conchupata. Y así como en ciertas vidas ruines llega, de pronto, un fúlgido instante de purificación, por cuyo influjo el criminal se torna

santo o el bandolero héroe, así Belzu fue quemado y sublimado por la tricolor llamarada. Su obra había sido una intensa tempestad que sacudió la patria. Pero en aquel supremo minuto de calma, él rozó el iris en el cielo límpido. Y oró, Y lloró. Y quedó en la historia, para siempre, como sombra iluminada por el iris...

XIII.- UNA LEGIÓN DE ABANDERADOS

Una legión de abanderados, en el curso de cien años, mantuvo aquel girón de iris como símbolo cabal y permanente de la nacionalidad.

A veces, ese símbolo sorbió sangres de héroes para nutrir y tonificar la vida de la patria. Abaroa es el sencillo paisano que resplandece en la hora debida, y su hermosa muerte limpia los tintes de infamia con que Daza empañó nuestra bandera. Pascual Mérida, al conquistar un estandarte enemigo, decida la batalla de Tarapacá.

Paredes en el Acre; y Méndez Arcos, Manchego, Ustáriz, Pabón, en el Chaco, son regios ejemplos que enseñan cómo ha de recordarse el mandato de Sucre: “Conservar, por entre todos los peligros, la integridad y la independencia de Bolivia”.

Y a veces, en el variable curso de la guerra, cuando las derrotas no son atenuadas por alguna bella ofrenda de valor que salve la honra de la bandera, la conciencia popular castiga con su desdén o su reproche a los débiles abanderados. Como muestra quemante de esa condena, quedó inscrita en la historia de nuestra bandera aquella carta dirigida por las mujeres de Cochabamba al Batallón “Aroma”, que dejó cautiva su bandera en las batallas del Pacífico:

“...Prenda de nuestro entusiasmo y nuestra fe en el valor de los hijos del pueblo, que partían a la defensa nacional fue ese estandarte trabajado por nuestras manos, santificado por la bendición del cielo, enaltecido por los votos de nuestro corazón, y regado por nuestras lágrimas y las de todo el pueblo... El debió ser, en todas partes, vuestro guía, vuestro único centro de reacción cuando la suerte de las armas os fuese adversa. Y hoy, ¿dónde está ese pabellón...? ¿Cómo habéis cumplido el juramento que empeñasteis ante él? So nos ha dicho que esa bandera fue arrastrada en el desierto, a los pies del invasor... lo que nos haría renegar de haber formado con nuestras propias manos el instrumento de nuestra vergüenza... ¡id y traednos el sagrado depósito que confiamos a vuestra lealtad y valor!..” (63).

Pero ya se ha dicho que el servicio de la bandera no sólo se cumple en las batallas. El gobernante que gana la paz para su pueblo, y en esa paz asienta el orden, promueve el progreso y acrecienta el bien común, es, en nuestra historia, un tipo de héroe menos frecuente pero más glorioso que el paladín marcial. Quien abre una escuela, quien levanta una fábrica, quien traza un camino, y quien desbroza la tierra para mayores cosechas, sirven igualmente a la bandera, porque son soldados de ase

⁶³ Eufonio Viscarra, “Las Guerra del Pacifico”.

silencioso ejército que marcha a la conquista de nuestro inmenso territorio, para producir una riqueza solidariamente lograda y solidariamente compartida.

Saludemos, por eso, a los grandes constructores: A Santa Cruz, que funda universidades, codifica leyes, organiza el ejército, enriquece el erario, y busca un acceso al mar... A Arce, que del hierro de su voluntad arranca los primeros rieles, para anunciar renovadas épocas con la bandera de humo de las locomotoras... A Linares, que gasta vida y fortuna en el apasionado empeño de moralizar la relajada administración. A montes, que busca el auxilio de la moderna técnica para reorganizar las viejas instituciones.

Y el alto oficio de abanderado puede ejercerse, también en el infinito campo ideal de la cultura. Abanderado es don Gabriel René Moreno cuando inicia, con lúcido criterio, la investigación y el juicio de nuestro pasado. Abanderado es don Jaime Mendoza cuando explora nuestra contradictoria geografía, y redime nuestra penosa historia, para entregarnos, como un mensaje de esperanza, la tesis del Macizo Andino. Abanderado es don Franz Tamayo cuando precipita su gran voz, como peñón desprendido del Ande, para sacudir la adormecida energía nacional. Abanderado es don Alcides Arguedas cuando trenza

un látigo con los abrojos de nuestra historia, y con él nos fustiga para inducirnos a ser mejores. Abanderado es don Ricardo Jaimes Freyre cuando define luminosamente, para todo el mundo hispánico, las desconocidas leyes del verso castellano.

Abanderado es, en fin, don Cecilio Guzmán de Rojas cuando encuentra mágicas claves para copiar, con luz eterna, los huraños perfiles del hombre y del paisaje de Bolivia (64).

⁶⁴ Agustín Palacios.

XIV.- LA VOZ DE NUESTRA BANDERA

Hijo mío:

¡Mírame! Soy un ala tricolor. Mi voz es el rumor de vuelo que tú escuchas cuando flameo en el aire. De las celestes montañas, de la puna severa, de los risueños valles, de la selva violenta y del lejano mar, vienen a izarme y a tender mis pliegues todos los vientos patrios.

Soy el símbolo de tus dos sangres. Ondeando el rojo y el amarillo de la tradición española, evoco la brava estirpe de los conquistadores. Con mis tres bandas juntas, soy mi aguayo indio. Florezco, como una enorme Kantuta, sobre esta tierra antigua de los hijos del sol. Soy la wincha incaica del arcoíris, que corona la frente eterna del Ande.

Si el mapa es la fotografía del cuerpo estático de la patria, yo soy imagen de su espíritu viviente, inmortal. Cuando me sopla el aire, mi lienzo se torna hoguera, lengua de fuego que proclama el nombre, cuenta la historia y canta la gloria de Bolivia.

Estoy junto a ti, como genio tutelar, en todas las sugerencias del terruño, Me han teñido los jugos de los tres símbolos vegetales de la raza: el ají, el maíz, la coca. La costumbre me puso en el corazón del pueblo. Vengo, por un canino de siglos, desde el nativo color de la manta, la pollera y el

poncho, hasta este paño santificado -como el cendal de Verónica- con la indeleble fisonomía de la patria.

Mi color rojo fue, primero, pasión creadora, sangre de venas rotas, brasa que incendió el Continente. Heraldos y mártires asentaron en el espacio y en el tiempo, una patria que antes sólo vivía en mis sueños. Esta franja roja, refleja en el rojo de sesenta banderas, te recuerda que la patria no debe ser confinada isla, sino abierta provincia del mundo. Libre, pero interdependiente. Fiel a su herencia y sus valores, pero no inepta para adquirir y acrecentar la cultura universal.

Mi signo amarillo está copiado en el matiz de la espiga del metal y del dorado sudor del hombre que trabaja. Alaba a los héroes pacíficos que producen la riqueza: los obreros de todas las faenas.

Campos despoblados, surcos sin simiente, bosques invioladas, industrias sin agente, están esperando, hijo mío, que tu apliques tu vigor y tu afán de conquista en la soberbia lucha del hombre contra el medio, en la señorial victoria sobre la adversa naturaleza.

Mi franja verde representa el perfecto amor de la hierba y el árbol por la tierra natal. Para hacerse plena, eterna, la patria necesita ser amada en sus múltiples paisajes y en sus opuestos climas; en sus gentes diversas y sus desiguales costumbres.

Yo te pido ese amor total, que obre el milagro de unir las regiones diferentes y dispersas.

Hijo mío:

¡Quiera Dios que yo nunca necesite el ofrecimiento de tu muerte! Pero demando, ahora y siempre, el servicio de tu vida bien vivida. ¡Mírame! Que mi llama arda en tus ojos, y reflejo en tu alma la luz de mis tres colores, que son los tres mandamientos de la ley de la Patria.

Bibliografía

- Arguedas, Alcides: Historia General de Bolivia.- La Paz. 1922.
- Baudin, Luis: El Imperio Socialista de los incas.- Santiago de Chile. 1943.
- Beltrán Ávila, Marcos: Capítulos de la Historia Colonial de Oruro. La Paz. 1925.
- Biblia, La: Madrid. 1935.
- Bullaín R. Luiss: Instrucción Cívica.- La Paz 1948.
- Burdett O'Connor, Francisco: Recuerdos.- La Paz. 1915.
- Cieza de León, Pedro: La Crónica del Perú.- Buenos Aires. 1945.
- Cova, J.A.: El Superhombre. Vida y obra del libertador.- Caracas. 1943.
- Chesterton, Gilbert K.: Pequeña Historia de Inglaterra.- Buenos Aires. 1946.
- Diccionario Enciclopédico Americano. Tomo 3.- Barcelona. 1915.

- Enciclopedia Britannica.- Chicago. 1911. (Volumen X).
- Enciclopedia Universal Ilustrada.- Tomos 7 y 21. Barcelona. 1933.
- Finot, Enrique: Nueva Historia de Bolivia.- Buenos Aires 1946.
- Garcilaso de la Vega, Inca: Comentarios Reales de los Incas, 2 tomos. Buenos Aires. 1943.
- Garcilaso de la Vega: Incas Historia General del Perú.- 3 tomos Buenos Aires 1944.
- Huizinga, J.: El Concepto de la Historia.- México. 1946.
- Hunger, J. y Lamer, H.: La Civilización de Oriente Antiguo.- Barcelona. 1924.
- Iturricha, Agustín: Leyes numeradas y Compiladas de la Republica Boliviana.- Tomos 1º y 2º. La Paz. 1909.
- Lamer, H.: La Civilización Romana.- Barcelona. 1924.
- Lamer, H.: La Civilización Griega.- Barcelona. 1924.
- Levillier, Roberto; El Imperio Incaico.- Buenos Aires. 1946.
- Loza, León M.: Historia de la Bandera.- La Paz. 1926.

- Machado Ribas, Lincoln: Movimientos Revolucionarios en las Colonias Españolas de América.- Buenos Aires. 1940.
- Madariaga, Salvador de: Cuadro Histórico de las Indias.- Buenos Aires. 1945.
- Mercado, Miguel: Páginas Históricas.- La Paz. 1918.
- Mitre, Bartolomé: Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina.- Buenos Aires. 1989 (tomo 1 y 2).
- Omiste, Modesto: Memoria Histórica, 1810 – 1812.- Potosí. 1877 a 1879.
- Pacheco Loma, Misael: Resumen de la Historia de Bolivia.- Oruro. 1948.
- Paredes Rigoberto: El Arte Folklórico de Bolivia.- La Paz. 1949.
- Pereira Carlos: Breve Historia de América.- Santiago. Ch. 1946.
- Pizarro Pedro: Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú.- Buenos Aires. 1944.
- Platón: La Republica.- Buenos Aires. 1942.

- Poema de Mío Cid y Romancero del Cid.- La Plata. 1944.
- Ramallo, Miguel: Las Batallas de la Guerra de la Independencia Altooperuana.- La Paz. 1913.
- Rilke, Rainer María: El Corneta.- Buenos Aires. 1944.
- Rojas, Ricardo: La Argentinidad.- Madrid. 1922.
- Rourke, Thomas: Bolívar, el hombre de la gloria.- Buenos Aires. 1942.
- Spengler, Oswald: La Decadencia Occidente.- Vol. I. Madrid.1923
- Seyfert, Oskar: Enciclopedia Clásica.- Buenos Aires. 1947.
- Toynble. Arnold: Estudio de la Historia.- Buenos Aires. 1951.
- Urquidi, J.M.: Compendio de la Historia de Bolivia. Buenos Aires. 1947.
- Valencia, V. Alipio: Julián Tupaj Katari.- Buenos Aires. 1950
- Vidal Rómulo Cúneo: La Civilización Peruana.- Barcelona.
- Vidal Rómulo Cúneo: Historia de las Guerras de los Últimos Incas del Perú.- Barcelona. (Sin año de la edición).

- Viscarra, Eufonio: Estudios Históricos de la Guerra del Pacifico. Cochabamba. 1889.